

Historia 1—El Nacimiento de Jesús

En la pequeña ciudad de Nazaret, enclavada entre las colinas de Galilea, se encontraba el hogar de José y María, quienes después fueron conocidos como los padres terrenales de Jesús.

Ahora bien, José era del linaje, o familia, de David; y así, cuando se promulgó un decreto para que el pueblo fuera censado, tuvo que ir a Belén, la ciudad de David, para inscribir su nombre. Este fue un viaje agotador, tal como la gente viajaba en aquellos tiempos. María, que fue con su esposo, estaba muy cansada mientras subía la colina sobre la cual se encuentra Belén.

¡Cómo anhelaba un lugar cómodo para descansar! Pero las posadas ya estaban llenas. Los ricos y orgullosos eran bien atendidos, mientras que estos humildes viajeros tuvieron que encontrar descanso en una tosca construcción donde se resguardaba al ganado.

José y María poseían pocas de las riquezas de la tierra, pero tenían el amor de Dios, y esto los hacía ricos en contentamiento y paz. Eran hijos del Rey celestial, quien estaba a punto de otorgarles un honor maravilloso.

Los ángeles los habían estado observando durante su viaje, y cuando llegó la noche y se fueron a descansar, no quedaron solos. Los ángeles aún estaban con ellos.

Allí, en ese humilde cobertizo, Jesús el Salvador nació y fue puesto en un pesebre. En esa tosca cuna yacía el Hijo del Altísimo: Aquel cuya presencia había llenado los atrios del Cielo de gloria.

Antes de venir a la tierra, Jesús era el Comandante de las huestes angelicales. Los más brillantes y exaltados de los hijos de la mañana proclamaban Su gloria en la creación. Velaban sus rostros ante Él mientras se sentaba en Su trono. Arrojabán sus coronas a Sus pies y cantaban Sus triunfos al contemplar Su grandeza.

Sin embargo, este glorioso Ser amó al pobre pecador y tomó sobre Sí la forma de un siervo, para poder sufrir y morir por nosotros.

Jesús podría haber permanecido al lado del Padre, vistiendo la corona real y el manto régio; pero por causa nuestra eligió cambiar las riquezas del Cielo por la pobreza de la tierra.

Eligió dejar Su posición de alto mando, dejar a los ángeles que Lo amaban. La adoración de la multitud celestial eligió cambiarla por la burla y el abuso de los hombres malvados. Por amor a nosotros, aceptó una vida de dificultades y una muerte de vergüenza.

Todo esto hizo Cristo para mostrar cuánto nos ama Dios. Vivió en la tierra para mostrarnos cómo podemos honrar a Dios mediante la obediencia a Su voluntad. Hizo esto para que, siguiendo Su ejemplo, podamos finalmente morar con Él en Su hogar celestial.

Los sacerdotes y gobernantes entre los judíos no estaban listos para dar la bienvenida a Jesús. Sabían que el Salvador pronto vendría, pero esperaban que fuera un rey poderoso que los haría ricos y grandes. Eran demasiado orgullosos para pensar en el Mesías como un niño indefenso.

Así que cuando Cristo nació, Dios no se lo reveló a ellos. Envío las alegres nuevas a unos pastores que cuidaban sus rebaños en las colinas alrededor de Belén.

Estos eran hombres buenos, y mientras vigilaban sus ovejas de noche, hablaban entre sí acerca del Salvador prometido y oraban tan fervientemente por Su venida que Dios envió brillantes mensajeros desde Su propio trono de luz para enseñarles.

«Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor.

»Y el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.

»Y esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

»Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!

»Y sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, que el Señor nos ha dado a conocer.

»Y vinieron apresuradamente, y hallaron a María, a José y al niño acostado en un pesebre. Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca de este niño. Y todos los que lo oyeron se maravillaron de las cosas que los

pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lucas 2:9-19).